

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 3 de Agosto de 1899

Núm. 454



Tomando fuerzas.



Si yo fuera alcalde...

No porque desee el cargo, pues sabe Dios que nunca tuve vocación para empuñar la vara, y menos para esgrimirla; y conste que no hablo del talento, de la aptitud; probado queda desde las Cortes de Cádiz á lo presente (no hace falta aducir testimonios de fechas anteriores) que en todas y en cada una de las alcaldías han venido figurando individuos de dudosa ilustración; y si otra cosa no lo probase, bastaría pasar los ojos por la estadística, y ver cómo anda la instrucción pública, y cómo están considerados, generalmente, y no sólo considerados, sino atendidos los maestros de escuela. ¡Digo si bastaría! Los alcaldes, no todos, pero sí algunos, no han echado en saco roto la experiencia de Fernando, el rey de feliz recordación, que felicitaba á los franceses por sus victorias *contra* (que nó sobre) los españoles. Los alcaldes fueron, y lo son en muchas partes, de índole popular; no sólo por razón de su cargo sino por su procedencia; ya los *designen*, ya los voten. De ahí que el habla picaresca haya maleado el título, primero convirtiendo á los alcaldes de Casa y Corte, en alcaldes de *casa y boca*, después al alcalde lugareño en *monterilla*. Yo he visto jefes políticos, de estos de que trato, que firmaron al pie de los oficios con una cruz y se valieron de un *fiel de fechos* que escribía *aiga*, para que redactase las comunicaciones á la superioridad; y así no extraño que muchos alcaldes se pronuncien contra la instrucción primaria: que si ellos no necesitaron saber escribir para dictar bandos, menos necesitan de la ayuda del abecedario los que están bajo su vara. Puede hasta cierto punto tenerse por verosímil la ocurrencia del autor cómico que nos pinta á uno de estos constitucionales suprimiendo la plaza de médico y destinando sus haberes á... una corrida de toros.

Es, por tanto, indiscutible que si bien puede un alcalde saber mucho, y los hay en efecto muy doctos é instruídos, no se necesita indefectiblemente reunir grandes dotes ni poseer títulos académicos para entrar en la Alcaldía. No peca de inmodesto quien se considere apto para ser tan alcalde como el que más; el requisito más difícil cuando uno empuña la vara consiste en saber tenerla tiesa: y esto aun haciendo las alcaldadas de uso y costumbre entre nosotros.

Con todo, si yo fuera alcalde, ó más bien, si lo hubiera sido durante la visita de los franceses, ¡qué ocasión para levantar hasta los cuernos de la luna, nó mi fama, que esto importaría poco, sino la gloria de mi país!

Porque hablemos claro, ahora que estamos en familia, según dice, ignoro por qué ni á qué santo, un periódico: ¿les parece á ustedes justo, racional, serio, que un pueblo organice fiestas, y se entregue á los mayores extremos de júbilo, cuando lleva el luto más negro en el alma, y la herida sin cerrar en sus carnes? ¿Puede bailar un

pueblo, y comer como se come en las solemnidades, dando pruebas de regocijo, si ese pueblo pasa por la horrible vergüenza de que continúen prisioneros de guerra *en la paz* millares y millares de españoles, de los que fueron á defender su patria con el esfuerzo de su brazo, con el sacrificio de sus vidas? **Nó**, nunca: el pueblo español no tiene derecho á divertirse, puesto que no tiene fuerzas ni talento para salvar á sus hijos, de las injusticias de una esclavitud sin precedentes, ni de la torpeza de los diplomáticos. Y no sólo no tienen derecho á divertirse en público y ante los ojos de una nación extraña, pero tampoco particularmente. Tendría que hacer ese pueblo promesa, de no comer á manteles y lo demás que reza el romance, de no asistir á teatros, ni á toros, ni á diversión alguna. En la derrota tristísima hemos perdido hasta la virtud de llorar.

Yo alcalde, habría visitado solemnemente al almirante francés, presidiendo una comisión del municipio, y á bordo de su buque, habría dicho lo siguiente: «Señor, Barcelona, España entera, se cree honrada con la visita de la escuadra de su mando: bien venidos los franceses, representantes de una nación amiga; quisiéramos hacer grata vuestra estancia entre nosotros, ejerciendo los deberes que nos impone la hospitalidad con rumbosas y entusiásticas fiestas; pero estamos de luto, señor; España está de luto, y cuando un pueblo llora la esclavitud de sus soldados no puede reír: á esta pena, á esta amargura, que los franceses de la escuadra sabrán medir como marinos, como defensores del pabellón y de las glorias de su patria, añado ahora como representante de Barcelona, el sentimiento de no poder honraros según merecéis, dándoos público testimonio de afecto y gratitud.»

Y estas palabras mías, siendo alcalde, estoy seguro de que hubieran merecido homenaje respetuoso del almirante francés, traduciendo la admiración de su país, y repercutiendo más tarde en Europa: es más: habrían resonado en el corazón de España ¡y quién sabe si habrían tenido la virtud de avergonzar á los que, débiles ó torpes, no aciertan á libertar á nuestros pobres prisioneros!

Las madres, las esposas y las hijas de los que gimen y agonizan como esclavos me colmarían de bendiciones; y los extranjeros que nos miran desdeñosos ó compasivos dirían: aún hay en esa tierra un pueblo viril.

Pero como no soy alcalde, aunque sí español, protesto con toda mi alma de las fiestas públicas, organizadas estos días pasados; y protesto no porque signifiquen homenaje, que eso está muy bien cuando se trata de agasajar al huésped, sino por lo que tienen de regocijo. ¿Pues qué, si uno sufre cualquier desventura en su casa, pondrá la cara alegre y se entregará á los mayores transportes de júbilo, porque se entre en ella un forastero? ¡Ay! Ocho mil españoles privados de libertad, maltratados, famélicos, moribundos, merecen el sacrificio de todos nuestros goces, ya que no se nos alcanza el ofrecerles otros mayores para rescatarlos. El pueblo que se divierte cuando ellos gimen dá una prueba de indiferencia cruel.

CLAK



La sábana, que me enfrió.



Ajajá.



Curro Vargas

III

Curro Vargas se presenta durante la procesión que da fin y efecto al segundo acto, como se presenta aquel chusco que grita: «por aquí ni Dios pasa». «Por aquí no pasa ni la virgen, sin que yo mate á Soledad» ¿La mata? ¡Dios! tiempo tiene, pero entonces ¿quién diablo escribe el tercer acto? Dicenta y Paso nó. Es preciso que la comitiva detenga su curso; que las andas de la imagen venerada descansen; que el coro, que el inmenso coro, suspenda sus movimientos á compás, obedeciendo á la batuta y como si fuesen unos hilos invisibles desde las espaldas de cada cual á las bambalinas; que hasta los soldados, autómatas, presencien impasibles la amenaza de un matón, puñal en mano. Curro Vargas sorprendido porque nadie se le echa encima, (ni aun el esposo de la que fué su novia), se pasa el tiempo diciendo que la tal es... una tal, perjura, y preguntándose ¿la mato? ¿no la mato? hasta que el sacerdote, su padrino, avergonzándose de que tanta gente junta y tanta gente armada, no intervengan en la cuestión, se adelanta, grita «¡sacrilegio!» y esta palabra mágica puede más que las bayonetas del piquete que escolta á la procesión. Todo esto sirve á Chapí para soltar compases inauditos é inverosímiles, (al fin y á la postre el autor de la música no está más autorizado que el autor de la letra para faltar á la verdad descaradamente), pero nó para que la claqué aplauda. En cualquier punto donde esto ocurra, así sea en el último villorrio de España, ó el matachín hiere, sin pararse á contar sus agravios como el pajarillo que da sus cuitas al viento, ó queda desarmado y va á la cárcel. La escena en Curro Vargas es más edificante: la palabra del ministro del señor consigue que el arma homicida caiga de la mano que la empuña, y que la fiera se postre de hinojos para... para que siga su curso la procesión. Después, más tarde, ó sea en el tercer acto, viene lo de la carta; el cura, el mismo cura de Alarcón, y repitiendo la escena del «Niño de la Bola», consigue desarmar las pasiones violentas de Curro, de igual modo que desarmó su brazo; Curro se prosterna ante la Virgen y le hace el sacrificio de sus odios como Manuel Venegas se prosterna ante el Niño Jesús, y depone sus iras, precisamente ¡qué casualidad de tradición y de romance, hombre! cuando el amante descubre que el objeto de sus ansias, quien no supo ó no pudo serle *fiel*, no vacila en ser *infiel* á su marido!

Para quien haya leído «El Niño de la Bola» es evidente la semejanza de que vengo hablando y que negaron ó pusieron en duda revisteros indoctos: lo peor es que mucha parte del público que acude á las representaciones de Curro Vargas no pasó los ojos por la novela en cuestión. Bueno, caiga el engaño sobre la conciencia de los que dirigiéndose á ese público irresponsable, le dan á entender que el plagiarlo ha sido don Pedro Antonio y no los autores de Curro; como si el plagio de Alarcón (caso de que fuera tal, que no lo es) existiese á Dicenta y Paso; como si resultara lo mismo copiar de un romance y copiar de una novela; como si la tradición, perpetuada de boca en boca, y de boca en boca *confundida*, diese los mismos sentimientos, (en cuanto á la labor artística), el propio desarrollo (en cuanto á la observación combinada con antecedentes y consecuentes que estudia el psicólogo) y los mismos caracteres, con iguales vicios, manifestándose con tanta regularidad como si obedeciesen á las oscilaciones de un cronómetro.

La madrileña de Alarcón es la misma madrileña de los señores Dicenta y Paso, y ocupa el mismo lugar en el «Niño de la Bola» que en Curro Vargas, con su acompañamiento: no creo que influyan en esto la tradición ni el romance: el recuerdo pavoroso de Curro Vargas en sus conciudadanos no se echa de menos en la novela sinó en la medida conveniente al género; ¿y para qué ser prolijo en estos pormenores? Hasta el cura tiene más importancia, siendo papel secundario, y presenta mayor relieve, por sus virtudes en la zarzuela, defecto de que adolece la obra de Alarcón. En el libro la Dolorosa casi no se descubre, si no es para dar noticia de que es mujer vulgar, inclinada al adulterio; en Curro Vargas ídem de ídem. ¿Dónde está, pues, la tradición y dónde la originalidad... artística, técnica, de Dicenta y Paso? En el limbo, donde moran los que han quemado perfumes en honor del primer poeta y del caudillo literario. Y si esto es verdad, y no hay quien sostenga la contraria, claro resulta que, literariamente, como he dicho la obra de que hablo no puede ser buena.

Ni aun en lo tocante al habla, que es lo único que podría salvar á Paso y Dicenta. Han versificado, y versificando, han hecho bueno el juicio de aquel que comparaba la poesía á una campana: cuanto más hueca más sonora. Se ve esto hasta en la tirada rumorosa del cura cuando convence á Curro Vargas de que el valor, no consiste en matar sinó en vencerse á sí mismo: versos de salón, y nada más.

Los autores no han atendido, por tanto, sinó al efecto, polilla de nuestro teatro. Una combinación de efectos que vienen á ser como una serie de fuegos artificiales. El trueno fi-

ATREVIMIENTOS



Como estando ellas solas
tienen atrevimientos colosales,

y no le temen ni á furiosas olas
ni á los devastadores vendavales,



en busca de impresión desconocida
quieren pasar el río,

y sin temores de perder la vida
ó darse un remojón de señor mío,

nal está en el desenlace. Pero en el desenlace, como en todo lo demás, Paso y Dicenta, prueban que no han sabido escalar las alturas de Alarcón. No discuto la escena descrita por éste, porque no estudio aquí la novela; pero digo que es más verosímil y más artístico que Manuel Venegas estruje entre sus brazos, sin premeditación, loco, ciego, á la Dolorosa que no que Curro Vargas convierta sus dedos en tenazas y ahogue á Soledad. ¿Donde se ha visto que un hombre apriete el gáznate á una mujer en la plaza pública, y dándole la espalda todo el coro, sin que la victima logre que oigan sus gritos, y que se abalancen contra el asesino cien brazos? Y dejo á un lado que el cura, el alcalde y el propio marido sean cómplices, porque este embuste tonto, no prueba sinó que Dicenta y Paso, no han sabido sacar de la *copia* este notable defecto de Alarcón. ¡Caramba! ¿Doscientas personas en escena, y las doscientas *presintiendo* desde el primer acto que el matachín vá á hacer una de las suyas, y no se entera ni un solo individuo de lo que ocurre, hasta que la batuta señala un cambio de posición?

Y... aun me queda materia para otro artículo, pero es hora de que haga punto final. La obra no merece tanto, y lo poco que me he entretenido en su estudio, es porque se ha querido dar la importancia que no tiene á la obra. Comprendo que á Alarcón le repugnara ver sus novelas convertidas en obras *teatrales*. En el Niño de la Bola (prosa) hay poesía, y en Curro Vargas (verso y música) nó.

De Chapi no hablo, porque... yo no soy critico musical; ¡ojalá me imitasen todos los que tratan de arte, y se figuran que pueden hablar de pintura, de literatura, de música... sin entender palabra de lo que pretenden juzgar!

J. F. Luján

El terno de Juanito

Difícilmente se encontraría un hombre más modoso y bien hablado que Juanito Trapatiesta, estudiante de último año de Veterinaria.

Pese á los malos ejemplos que continuamente recibía de sus compañeros, y de los carreteros y de los cocheros, etc., etc., etc., en cuyos etcéteras entra la casi totalidad de los españoles y buena cantidad de españolas, Juanito era un modelo de corrección.

Si en la calle le pisaban un callo haciéndole ver todas las estrellas fijas y unos cuantos planetas, en lugar de encolerizarse y echar sapos y cullebras, exclamaba con unción:

—¡Suerte que las narices están algo más arriba, porque sinó, ese pisotón me hubiese dejado chato y olería mal todo el resto de mi vida!

Cuando la patrona le servía arroz con moscas, en vez de imitar la conducta de los demás huéspedes que estrellaban los platos contra la pared y lanzaban interjecciones de las que no constan en ningún diccionario, prescindía de la sopa, murmurando dulcemente:

—Ya sabe usted que no me gusta el arroz con volatería.

Cierta día un mozo de cuerda le pegó con un baúl mundo en la frente y le reventó un grano como una acerola, que le había salido de tanto calentarse la cabeza estudiando las complicaciones consecutivas del muermo en las yeguas vírgenes.

Cualquiera hubiese llamado animal, por lo menos, al agresor.

Juanito se limitó á exclamar:

—¡Bendito sea ese hombre benéfico! Precisamente, el dichoso grano me estaba dando unos latidos como los que deben sentir los potros jóvenes cuando les sale un esparaván.

Era muy bien hablado, lo repito, á pesar de que andaba siempre á la cuarta pregunta, y sabido es que nada hace renegar tanto al hombre, y aun á la mujer, como la falta de dinero.

Verdad es que si Trapatiesta era pobre de bolsillo, tenía una gran riqueza en ilusiones.

—Concluiré mi carrera, — se decía muchas veces al acostarse; — buscaré una mujer amante que me planche las camisas y me prepare el bálsamo resolutivo para las caballerías mayores; tendré hijos, serán clientes míos todos los vecinos de mi pueblo... Así estará mi casa

siempre llena de animales... ¡Oh! ¡Qué hermosa perspectiva!

Y arrullado por tan poéticas ideas, Juanito se dormía y soñaba estar en el pleno ejercicio de sus funciones, rodeado de caballos con lamparones, perros con moquillo y terneras con glosopeda, que le miraban acongojados, pidiéndole con mucha elocuencia que pusiera término á sus padecimientos. El les dirigía una cariñosa sonrisa y lancetazo por aquí, pegote por allá y untura por el otro lado, en un instante devolvía la salud á la más hermosa mitad del género humano, como decía uno de los condiscípulos de Trapatiesta.

Pero como se habrá observado, el plan de éste tenía por base su matrimonio, y Juanito, después de meditarlo maduramente comprendió que para casarse lo primero es tener con quién.

Hecha esta juiciosa reflexión, como quiera que sólo le faltaban tres meses para hacer sus últimos exámenes, de los que seguramente saldría tan airoso como de los anteriores, se consagró á buscar novia, y es inútil decir que no tardó en encontrarla, pues desde tiempo inmemorial abundan más las novias ó las hembras dispuestas á serlo, que las monedas de cinco duros y aun que los míseros perros chicos.

Formalizáronse las relaciones; Juanito terminó su carrera y creyó llegado el momento de presentarse á los padres de su futura, para pedirles la mano de ésta, en unión del resto del cuerpo, co-



llevando en brazos á la más cobarde
van decididamente,

de loca intrepidez haciendo alarde
á luchar contra el río y su corriente.



Y consiguen su objeto, que no hay cosa
que no consiga en la presente vida

la mujer atrevida,
si une al atrevimiento el ser hermosa.

mo es de suponer. Por fortuna ó por desgracia, Juanito, para cobrar ánimos antes de dar aquel solemne paso, tuvo la mala ocurrencia de entrar en un café á tomarse un par de medias, ó sea dos medias copitas de ron y marrasquino.

En el café abundaban los espejos y el joven, al mirarse en uno de ellos, quedó aterrado.

—¡Imposible!—se dijo.—No puedo presentarme con este traje á mis futuros suegros... Me costó cuatro duros á la medida hace tres temporadas; pero como lo he llevado á diario está algo deslucido... Ante todo he de hacerme un terno...

Y preocupado con esta idea, contestó, cuando se le acercó el mozo preguntándole:

—¿Qué va á ser, señorito?

—Pantalón, chaleco y chaqué de tres botones.

El camarero lanzó una carcajada; Juanito, al darse cuenta de su equivocación, pidió una gaseosa, la bebió de un trago, pagó y salió resuelto á ir á casa de un sastre.

Pero una idea terrible le detuvo.

—¿Con qué pago yo ese terno si no me ha quedado un real después de satisfacer el importe del título que me ha costado empeñarme tres meses con la patrona?

Después de mucho cavilar, Juanito se resolvió á espontanearse con el sastre, á contarle lo que le pasaba y suplicarle que le fiara el traje hasta

que, al casarse, cobrase la dote de su novia, pues el joven no se había dirigido á ninguna por-diosera.

El sastre se dejó conven- cer, pues si bien Juanito no era de sus mejores parro- quianos, siem- pre le había pa- gado al conta- do; tomole las medidas y nuestro héroe salió del esta- blecimiento ra- diante de sa- tisfacción, des- pués de haber escogido un terno color de manteca de Flandes con motas de noc- turno de Gual, es decir, mora- das.

Verificáron- se las neces- rias pruebas y por fin el sas- tre lanzó la fra- se sacramen- tal:

—El sábado estará todo lis- to y lo manda- ré con el chico.

—¿Por la ma- ñana?

—Sí, señor.

La noche an- terior no dur- mió Juanito.

Apenas lució el nuevo día, el día solemne, se tiró de la ca- ma y comenzó á recorrer la casa en calzon-

cillos, con babuchas y sombrero de paja, hasta que la patrona le dijo:

—Vístase usted, don Juanito, que esa es ya de- masiada libertad de enseñanza.

Trapatiesta se vistió, é incapaz de dominar la agitación de que se sentía poseído, se lanzó á la calle.

No atreviéndose á importunar al sastre resolvió hacer tiempo hasta el mediodía, pensando:

—Así, cuando vuelva á casa, ya estará allí el terno.

¡Cuánto padeció hasta que en el reloj de la Puerta del Sol tocaron las doce!

Llegó sin aliento á su casa y preguntó á la pa- trona:

—¿Han traído el traje?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En ninguna parte.

—¿Se ha vuelto usted loca?

—Nada de eso. Lo trajeron y al cabo de un cuarto de hora vino un dependiente, que por cierto no era el mismo de la primera vez, á recla- marlo diciendo que el chico se había equivoca- do... Se lo entregué y...

—¡Cielos! — exclamó Juanito. — Precisamente anoche leí en *La Correspondencia* que ahora se dedicaban los timadores á seguir á los que salen

con prendas de los establecimientos y entran luego á recogerlas bajo diferentes pretextos...

Y sin esperar respuesta, echó á correr á la sastreía, donde se convenció de que sus presentimientos no le habían engañado.

¡No era el sastre, sinó algún audaz ratero el que había recogido el flamante traje!

Al cerciorarse de su desgracia, Juanito reem-

plazó el terno perdido por otro no tan elegante, pero mucho más redondo.

—¡Esto es horrible! ¡Badajo!...—exclamó por primera vez en su vida.

Y agotado por aquel exceso, en él insólito, cayó sin sentido en los amorosos brazos del sastre.

BLAS QUITO



Buscando la sombra.



Reutinger.

Todos me dicen hermosa
y me siguen por la ca le;
pero nunca encuentro á unc
con ánimo de casarse.



Pensando en cosas alegres
mientras consume cigarros,
pasa esta niña las horas
del caluroso verano.

Los conquistadores



En la sociedad hay muchos tipos cargantes: el recaudador de contribuciones, las niñas cursis que mantienen á los afinadores de pianos, los sastres que se empeñan en cobrar, los jóvenes que para darnos pruebas de amistad, nos leen su primera obra escrita, casi siempre, á ratos perdidos, las viejas que se sienten jóvenes, los coleccionistas, los chicos á quienes les da por la poesía y desfiguran el sistema planetario, los que se las echan de originales y no traducen los apellidos por no descubrir la *fuerza de su inspiración*, los que hacen comedias caseras, los que tocan el acordeón, etc., etc.

A mi modo de ver, á todos éstos les da quince y falta el desgraciado que ha nacido conquistador, y más aún si elige para campo de sus *asesinatos* el escenario de un teatro.

Conozco á un sujeto, que se da tono de conquistador, y si pudiese hablar el portamenudas, reclamaria para sí la gloria que su dueño se atribuye.

El tipo de quien me propongo hablar á ustedes tiene cuatro pies... de altura, próximamente. Lleva el pelo largo, á lo modernista, según unos, y á lo cepillo de industria, según mi entender. Lo cubre con un sombrero flexible de alas cortas, y entre pelo y sombrero, dan á su cabeza el aspecto de una garita de consumero.

Usa cuello Goya, estampado, á grandes manchas de colores. ¡Esto sí que es modernista! La camisa es blanca, y así de-

muestra que tiene varias, ó que le han prestado algo. La americana de lanilla color lila, — á cada cual lo suyo — el chaleco, fondo blanco, con jaspe azul fuerte — como un azulejo — los pantalones, á cuadros verde pálido. Los lleva doblados porque están algo raídos. Los zapatos son de lona, blancos, y tienen la buena condición de que *visten* y se pueden limpiar con suma facilidad.

Vestido de este modo, se presenta mi hombre en el escenario. En seguida le rodean las coristas. No le dan las buenas noches, ni le preguntan por su salud, pero en cambio le dicen que tienen sed.

Como es natural, el chico las convida y empiezan á pedir, quién un doble, quién una gaseosa, quién un chocolate con muchos bizcochos, y algunas un par de huevos fritos.

Julianito — que así se llama nuestro héroe — no toma á mal, ni ellas tampoco, estos refresquitos; dice que son pretextos para tenerle á su lado, pero es lo cierto que ninguna pide pan y cebolla.

No vayan ustedes á figurarse que pues Julianito se deja amar por las coristas, él les corresponde; se franquea con ellas y las convida, para que la tiple, el objeto de sus ansias, como le decía en un soneto que me disparó brutalmente la otra noche, se entere de que *sabe* gastar el dinero.

El traspunte llama á las chicas, y entonces el conquistador aprovecha la ocasión para irse al *camerino* de su bella.

—¿Ze puede?

—Adelante.

— Buenas noches, *Lo-sita*. Hoy está *ustez* más hermosa que nunca.

—¡Ay! Muchas gracias.



¡Miedosa! Cuadro de SCALBERT.

—¿Ha recibido *ustez* mis flores?
 —Sí, gracias.
 —No las merece, y ellas se quejarán de haber ido á parar á *ustez*, porque va á darlas envidia.
 —Adulador.
 —La hablo á usted con el corazón en la mano. Ya sabe que soy muy serio en todas mis cosas.
 —¡Qué seca tengo la garganta!
 —Mándese usted traer algo.
 —El estreno me ha fatigado mucho; ¿qué le ha parecido á usted la obra?
 —Una insustancialidad... *muy grande*. Al que ha leído *La Divina Comedia* no pueden gustarle esas *cozas*.
 —Pues es una zarzuela muy monilla.
 —Zi; todo lo que usted quiera, pero para mí en el género chico no cabe el arte.
 —Entonces...
 —¡*Calamba!* *Losita* no lo digo por usted. Usted es una artista de corazón. Bien lo demuestra en *Los Cocineros*.
 En este momento se presenta el camarero:
 —¿Desean ustedes algo?
 —Zi, tráigale á esta *zeñorita* lo que guste.
 —No sé qué tomar.
 —Cualquier *coza*.
 —Bueno, tráigame un *bock* y un *bisté* para mamá, que esta tarde se quejaba de dolor de estómago. Y usted Julián ¿no toma nada?
 —A mí me basta con sus miradas.
 —Tome usted horchata de chufas.
 —Bueno.
 A poco vuelve el camarero con lo pedido. Julián, paga y se dispone á beber, diciendo:



—*Losita*, si no la prueba usted antes, no bebo.

—Bueno, vamos...

El traspunte:
 Rosita, fuera.

—Vuelvo en seguida. Es la última escena.

Julián se queda; contemplando el *camerino*. La madre la emprende á dentelladas con el *beefsteak*.

Terminada la función,

—*Zeñora*,—dice Julián á la madre —yo me retiro, porque *Losita* tendrá que desnudarse.

—Nó,— responde con la boca llena—va de calle.

—Entonces...

Llega Rosita. Se cala el sombrero y bebe el *bock* de un tirón.

—Vamos, mamá, que tengo mucho sueño.

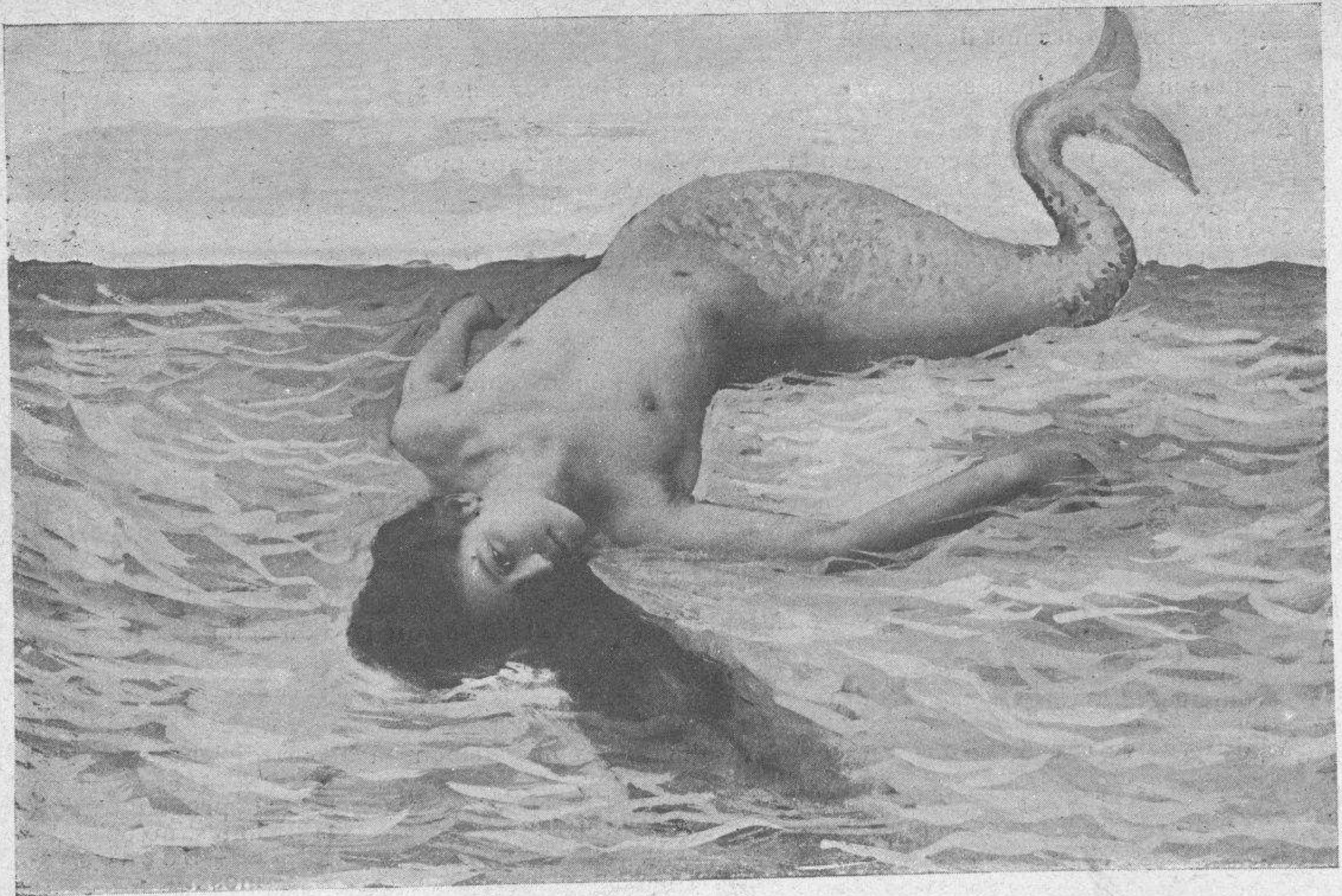
El mozo las acompaña en coche hasta su casa.

—¡*Calamba!* Tres días que la conozco y ya me ama, piensa Julián cuando se queda solo. El infeliz cree en los amores *chispa*.

Yo no niego que en estas aventuras haya algo de *chispa*, pero este algo, para mí, es el *conquistador*.

Nadadora; cuadro de SCALBERT.

F. CUENCA PI



Sirena.

Cuentos de Arlequín

I

Prestadme esa ropilla
de corte tan extraño,
de colores tan vivos:
quiero ver vuestra risa;
quiero olvidar un rato;
hoy pretendo, señores, divertirlos.

Yo fingiré las muecas
de aquel Arlequín triste,
que en el Circo moderno
hace olvidar las penas;
yo haré que los que miran,
rían alegres olvidando duelos.

Ya veréis con qué gracia
sé llevar ese traje,
sonar sus cascabeles;
veréis cómo no hay nada
que conmigo se iguale;
veréis cómo divierto yo á la gente.

Estáis acostumbrados
á que todo os divierta.
Prestadme esa ropilla.
¡Juro que he de gustaros!
Con inspiradas muecas
provocaré vuestras alegres risas.

Ante todo, señores,
he de contar dos cuentos
que han de gustaros mucho,
y si no hay quien lo estorbe

la reunión que tendremos,
será de lo mejor que haya en el mundo.

¿Qué me dáis la ropilla?
Pues, bien, nada me falta.
Venid, venid al Circo,
haré vuestras delicias
con muecas bien extrañas.
¡Adelante, que quiero divertirlos

II

Voy á contar el cuento de aquella niña
que era jovial, alegre, sencilla y franca,
y sus años primeros pasó entre dichas,
por ser cuento que tiene la mar de gracia.

¡Daba gusto mirarla! Nada tan bello
como aquel ágil cuerpo lindo y delgado,
como aquellos ojazos dulces y negros,
ni como sus alegres y rojos labios.

Pues ocurrió, señores, que cierto día
la fortuna, cansada, voló ligera
dejando á ésta, mi linda protagonista
en soledad sufriendo su amarga pena.

¿Por qué? ¿Quién fué el causante de tal desgracia?
¿Quién acabó con todo lo que la hermosa
con sublime entusiasmo tierna adoraba?
¿Quién en el bajo mundo la dejó sola?

¿Dónde, dónde se encuentra la mano alevé
que en el triste abandono dejó á la virgen?

¿Quién escupe á la martir y la escarnece?
No sé si á esto se nace, por qué se vive.

¿Fuistes Tú?... Mas es cierto, señores míos,
que la preciosa niña se hundió en el fango,
sin que la mano firme de tierno amigo
enjagara su triste y acervo llanto.

Vosotros la tomásteis como juguete,
y en verdad que era cosa bien divertida,
ver su carita pálida como la muerte
y ver aquellas muecas de su agonía.

Perdísteis la muñeca que vuestro encanto
fué durante las horas de aburrimiento,
porque sé que la niña murió llorando,
y al salir de este mundo fué maldiciendo.

III

Voy á contaros otra historieta
por el esti'o,
pues quiero haceros pasar un rato
muy divertido.

Es la del joven que hace unos días
imploró amparo;
la de aquel chico, que á todo el mundo
pidió trabajo.

Contaba el pobre sus mil apuros,
sus mil afanes:
que era su vida pesada carga,
que tenía hambre.

¡Cómo reísteis mientras contaba
con voz doliente,
que con promesas á la patrona
pasó unos meses!

¿Verdad, señores, que nuestro joven
era tan listo,
que os agradaba si iba sus penas
á referiros?

Sé yo de muchos que por oírle
nada le dieron,
¡si era una gloria saber los rasgos
de aquel ingenio!

¿No sabéis todos lo que hace días
ha sucedido?
Pues que aquel joven desesperado
se ha dado un tiro.

¡Es una lástima que no miráseis
su última mueca:
gozado hubiérais, porque me han dicho
que fué soberbia!

IV

¡Cómol ¿Que no os divierten
esas dos historieta
que hace poco contaba?
No sé, para mí tienen
cosas bastante buenas,
y para mí rebosan pura gracia.

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ



El baño; cuadro de SCALBERT.



Hacen bien en ocultarse
debajo de la sombrilla...

porque en este tiempo el sol
quema la fisonomía.

La recepción oficial

MARQUÉS (*entrando*).—¿Se puede?

PURÍ.—Adelante.

MARQUÉS.—Hola, nenita. ¿Cómo estás?

PURÍ.—Sí, sí, venga usted con zalamerías, ¡contenta me tiene!

MARQUÉS.—¿Conque de usted y todo? ¿Qué te pasa?

PURÍ.—¿No crees que me pueda pasar algo? pues sí. ¿Y ayer, donde estuviste?

MARQUÉS.—En el Congreso, teníamos reunión los diputados de mi provincia: allí me pasé toda la tarde y por la noche, concurrí á la Academia; discutíase la sesión de gala que hemos de celebrar...

PURÍ.—Sí, ó acompañando á tu mujer al teatro.

MARQUÉS.—¡Bah, tontina! Te consta que no voy con mi mujer á ninguna parte.

PURÍ.—Pues peor, si es que te quedas en casa, me parece que el peligro...

MARQUÉS.—¿Peligro? Ni soñarlo.

PURÍ.—Entonces ¿me quieres á mí?

MARQUÉS.—Naturalmente.

PURÍ.—¿Y no la necesitas á ella?

MARQUÉS.—Nó.

PURÍ.—¿Para nada...?

MARQUÉS.—¡Para nada!

PURÍ.—¡Ven rico mío! Siéntate aquí, ¿estás á gusto?

MARQUÉS.—¡Al pelo!

PURÍ.—Dime, vidita... ¿sabes... te acuerdas? la modista ha prometido traerme mañana mismo el vestido; aquel que...

MARQUÉS.—Sí, que encargamos á uno de los almacenes de París.

PURÍ.—Queda precioso, ya verás que guapa estoy... es decir, lo estaría, si tuviera un sombrero que *casara*; porque mira si soy desgraciada, entre todos los que tengo, ninguno *va bien* con esa ropa.

MARQUÉS.—¡Ah! pues no te apures, tendrás el sombrero.

PURÍ.—¿Para mañana?

MARQUÉS.—Para mañana.

PURÍ.—¿Y la cuenta de la modista?

MARQUÉS.—También.

PURÍ.—¡Qué rico eres! ¡cuánto te quiero!

MARQUÉS.—Todo por verte contenta.

PURÍ.—Además tengo un capricho.

MARQUÉS.—¡Hijital! hoy estás peor que el Gobierno, todo se te vuelve pedir.

PURÍ.—Nó, tonto, *éste*, no es de dinero.

MARQUÉS.—¡Vamos, menos mal!

PURÍ.—Tú me has dicho el otro día, que la recepción esa que preparáis en la Academia, ha de ser cosa magnífica, admirable.

MARQUÉS.—Sí, lo será.

PURÍ.—Que irá todo Madrid, que aquello se llenará de señoras, de las verdaderas.

MARQUÉS.—Se han de repartir invitaciones.

PURÍ.—¿Y tú tendrás algunas?

MARQUÉS.—Naturalmente, mujer, si soy académico.

PURÍ.—¡Y... lo conmovedor que debe ser aquello!

MARQUÉS.—¿El qué?

PURÍ.—El reparto de premios á la virtud. ¡Oh! ¡qué gusto! Nada, decididamente. te digo mi deseo; yo quiero ir.

MARQUÉS.—¿Tú?

PURÍ.—Sí, no te puedes figurar como me alegran esas cosas; esos premios á la virtud, merecen todas mis simpatías.

MARQUÉS.—¡Pero mujer!... me parece que...

PURÍ.—¡Qué no puedo ir yo!

MARQUÉS.—Nó, es que te diré, aquello debe ser muy aburrido para tí.

PURÍ.—Pero si te digo que esas cosas me gustan mucho; me divertiré, te lo prometo; además,

ya ves que es una bonita ocasión para estrenar el traje, porque aquello será lujoso.

MARQUÉS.—Eso sí, pero el que tú vayas...

PURÍ.—¡Ya, vamos! irás con tu mujer y...

MARQUÉS.—Nó, eso nó, mi mujer sale de Madrid mañana mismo.

PURÍ.—¿Conque te quedas *viudito* y nada me cuentas?

MARQUÉS.—Ahora te lo iba á decir.

PURÍ.—¿Y seré yo tu mujercita?

MARQUÉS.—Sí.

PURÍ.—Pues entonces, ya sabes que la mujer ha de seguir al marido; yo debo ir á la Academia.

MARQUÉS.—¿Insistes?

PURÍ.—Claro, y me darás un gran disgusto si no voy, será señal de que no me quieres.

MARQUÉS.—Nó, mujer, irás.

PURÍ.—Gracias, riquito mío.

MARQUÉS.—Bueno, irás con doña Anita; procuras vestirla bien, para que no senote que es de *alquiler*.

PURÍ.—Nó, hombre, nó; si yo con quien he de ir es contigo.

MARQUÉS.—¡Atiza!

PURÍ.—¿Tan disparatado te parece el propósito?

MARQUÉS.—Nó... es que... verás, yo...

PURÍ.—Nó, no me vengas con disculpas tontas. Decide.

MARQUÉS.—Pero, si es que...

PURÍ.—Nada, ¿voy? mira que si nó...

MARQUÉS.—No te incomodes, irás conmigo; me pondré entre el público para acompañarte.

PURÍ.—¡Qué alegría! Ya verás qué guapa me pongo, y qué envidia te van á tener tus compañeros, todos esos señorones calvos y que son tan tiesos ¡porque son calvos y tiesos! ¿no es verdad?

MARQUÉS.—Sí, loquilla; todos calvos.

EN LA ACADEMIA

MARQUÉS.—Así es que, mi querido secretario, como tengo que acompañar en el público á esa señora extranjera, para quien he pedido la papeleta, me contarán como si estuviera en los escaños con ustedes.

SECRETARIO.—Sí, marqués, ya sabemos que la galantería es la que le retiene á usted apartado de nosotros.

MARQUÉS.—Ya comprende usted que no puedo dejar

sola á una señora así; le he de explicar las ceremonias de la fiesta.

SECRETARIO.—¿Entiende el español?

MARQUÉS.—¡Oh sí, perfectamente! Conque; mi querido amigo, dé usted cuenta al presidente...

SECRETARIO.—Vaya usted descuidado; la galantería es lo primero.

EN LA ACADEMIA (8 días después).

SECRETARIO.—¿Qué tal, marqués, se divirtió el otro día la extranjera á quien usted acompañaba?

MARQUÉS.—Sí, le gustó la ceremonia mucho. Esos rasgos de virtud y abnegación la conmueven en extremo.

SECRETARIO.—Sí, le vi á usted con ella, y parecía conmovida.



Odalisca.

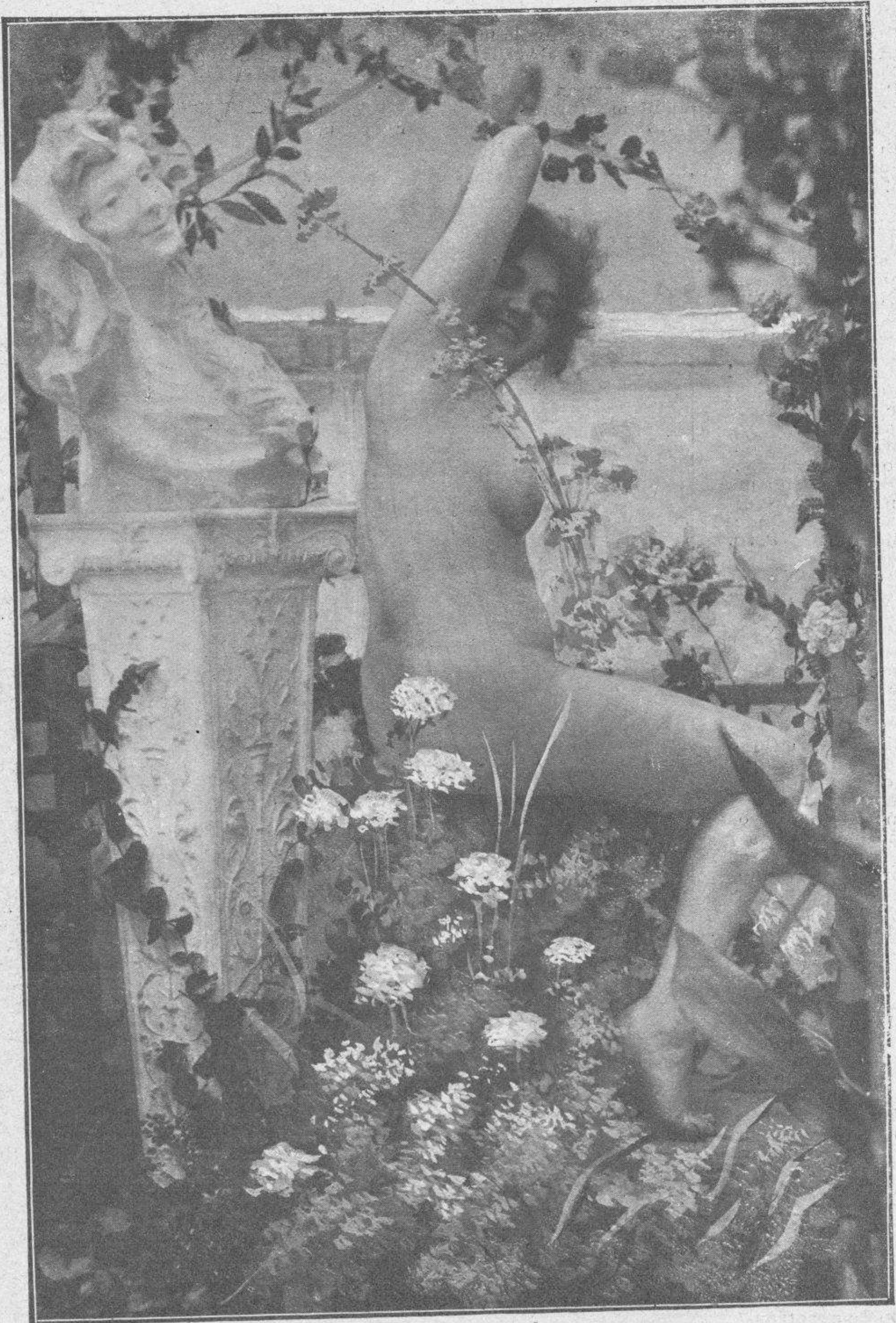
La Saeta

MARQUÉS.—Le digo...

SECRETARIO.—Sí, sí; cuando yo la conocí, estaba de camarera en la horchatería de la Carrera, y ya se contaban de ella rasgos nobilísimos; era generosa de cuerpo y alma. Calcule, á pesar de

tener relaciones con cierto personaje, se dejó amar durante un día y dos noches, por un chico sin posición alguna, y lo hizo ¿sabe usted? por compasión hacia aquel pobre muchacho, quien verdaderamente la amaba.

AGUSTÍN R. BONNAT



La linda Flora de placer radiante
soñadora de plácidos amores,

recorre los jardines anhelante
y vive siempre entre olorosas flores.

Revista mínima (1)

Para Clarín

Señores, ¡cuidado con las equivocaciones! No pretendo hacer aquí un estudio de la personalidad *Clarín*, en Literatura. En primer lugar, porque me considero con muy pocas fuerzas para ello; y en segundo, porque con lo que se puede decir del afamado crítico, habría para llenar un tomo de muchas páginas, y como ustedes ven, un periódico, no es un libro. Además, de que al público, á la masa, á la *fiera*, en una palabra, no le gustan las cosas de crítica literaria seria, profunda; gusta más de unos versos de Grilo, ó de un artículo de Taboada, y por eso, me dijo el Director: «Hágalo usted corto».

Y corto será, porque no quiero exponer más que una idea que hace mucho tiempo me obliga á meditar, y á reflexionar inútilmente. Muchas veces, pensando acerca de los hombres que tenemos (me refiero á los grandes hombres), en los que les sustituirán y en lo que dejarán el día que desaparezcan, que, ojalá, sea muy tarde para bien de la Literatura, observo con dolor que en España, dentro de la generación nueva no hay ningún Pérez Galdós, ningún Valera, ningún Pereda, ningún *Clarín*; y con esto, claro que no puede menos de suceder, que en lugar de ir á la «regeneración», donde vamos á

(1) Aunque opinamos, como el ilustre crítico, que no deben repetirse los títulos que usan y acreditan otros escritores, bien puede pasar esta transgresión como caso excepcional y en gracia al asunto que la motiva.



Tenorios adorables.

parar es á la «degeneración». Triste es tener que decirlo, pero es lo cierto, lo inevitable, lo que se avecina á pasos agigantados.

Hay precedentes que confirman lo dicho, por los que ya pertenecen al *no ser*: murió nuestro gran poeta Zorrilla y no le substituyó nadie, ni habrá nadie que le substituya en adelante; desapareció del mundo de los vivos Feliu y Codina, y en la escena ha dejado un vacío irreparable, dentro de su género, de su modo especial de sentir y de hacer comedias; bajó á la tumba el gran Castelar, y el hueco de aquel Dios de la palabra, queda sin ocupar; al propio Pérez Escrich, con tener



En la cuerda floja.

The Standard.

La Saeta

tantos imitadores, no es ninguno de ellos capaz de substituirle honrosamente, como novelador por entregas. Y así sucederá con todos.

Es verdad, que en medio del dolor inmenso que produce esto, se experimenta un consuelo no tan grande como aquel dolor, al pensar que cada uno de ellos deja obras que les hacen inmortales, viviendo eternamente entre nosotros los productos de sus cerebros privilegiados; pero entre todos los que he citado, y voy á mi objeto, hay uno, *Clarín*, quien hasta ahora, con tener escritas muchas páginas notables, dignas de ser conservadas por los siglos de los siglos, no ha hecho nada, (dentro del género que cultiva tan admirablemente), imperecedero, inmortal, que lleve su nombre á la posteridad de modo irremediable. Quizás, cuando el público y los revisteros de los diarios de gran circulación hayan progresado algo más, y entiendan y juzguen de asuntos teatrales mejor que hoy; quizás, digo, su *Teresa*, aquella obra tan

menospreciada por los gacetilleros de teatros, como hermosa, tan mal recibida por el público de Madrid, como acogida con entusiasmo por el de Barcelona, recorra de punta á punta los teatros de la Península y traspase acaso los Pirineos, en medio de triunfos sin cuento, de aplausos frenéticos y espontáneos; pero esto no basta: *Teresa*, no es la obra que ha de hacer inmortal á *Clarín*. Tampoco lo son sus novelas, ni sus cuentos, ni sus *paliques*; de *Clarín* yo espero algo más, y eso es lo que no viene.

No basta figurar en el «Diccionario Enciclopédico» para pasar á la posteridad; es preciso vivir en el pensamiento y en el corazón de todos los españoles, y para eso se necesita algo más de lo que ha hecho *Clarín*. Una obra de Crítica literaria, profunda, completa, como él puede hacerla. Eso sí. ¿La hará? No lo sé; pero, si esto que yo le digo, le sirviera de estímulo... la haría.

CARLOS RIA-BAJA

MISCELANEA

Un personaje de franqueza algo brusca, visitaba un día la biblioteca del Escorial, y como le pareciese el bibliotecario muy ignorante, dijo en seguida al rey de España:

«Debería vuestra majestad dar á ese empleado la administración de sus caudales, porque es un hombre que no toca jamás el depósito que se le confía.»

La ví; me puse en acecho;
la enamoré por capricho;
fué mía y ya satisfecho
la dejé con su despecho...
Esto, ¡cuántos lo habrán dicho,
pero qué pocos lo han hecho!

Fué muy larga la agonía
del avaro don Ramiro,
y es que el pobre no quería
dar el último suspiro.

A. SERRA CUBELLS.

Don Lucas es un hombre muy serio; ni los clowns más afamados, ni los sainetes más jocosos le han hecho perder su gravedad; además, no tiene cosquillas.

Enfermó de ictericia, y los médicos ordenaron á la familia que procurase alegrarle si quería que viviese.

Diéronle licores para conseguirlo, pero sus borracheras eran tristes.

—Es inútil,—decían los parientes desesperados:
—Lucas no tiene sonrisa.

Vistióse su suegro de niño llorón, y el enfermo rompió á llorar también.

Un día estaba encerrado con un amigo, y de pronto oyeron los parientes una sonora carcajada de voz desconocida; el amigo salió furioso de la habitación; no había duda, don Lucas se reía. Entraron los parientes, y don Lucas no cesaba de reír.

En el suelo había dejado el amigo un manuscrito que decía en la portada:

LA MUERTE
DRAMA TRÁGICO

José Ceballos y Aldaba,
cuando era matador

siempre galleando estaba;
se ha metido ahora á tenor,
y como el pobre Ceballos
de canto no sabe nada,
suelta á montones los gallos;
y mi amigo Juan Moncada
que anoche le oyó cantar
dice, con razón, que aun cuando
dejó ya de torear,
continúa galleando.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

CHARADA

Porque mi *prima primera*
no mi *segunda, tercera*
de cobarde y de apocado,
tonto, soso, memo ó bobo,
hace un rato he terminado
de hacer el amor á *todo*.

V. TORRES.

Cruz

o o
o o
o o o o o o
o o o o o o
o o
o o

Substituir los ceros por letras, de forma que, vertical y horizontalmente, se lean dos nombres de mujer.

I. TESNOP.

Estrella

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

Substituir por letras las estrellas, de manera que se lea: 1.^a línea inclinada: ave; 2.^a inclinada:

nombre de varón; línea horizontal: producto químico, y línea vertical: mineral.

P. LUQUÍN.

Encasillado

1. ^a	★	3. ^a
2. ^a		4. ^a

Emplazar en cada casilla una sílaba, de manera que se lea: 1.^a y 2.^a, consonante; 3.^a y 4.^a piedra; 2.^a y 4.^a, adjetivo; y substituyendo la estrella por otra sílaba, y en el orden expuesto, debe leerse: 1.^a línea horizontal, mes; y 2.^a línea, personaje histórico.

CANDILEJA

Tarjeta

María Marta Palan Orador
vive en
Roma

Con estas letras, formar el título de una novela de Luis de Val.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Camilo.

FUGA DE LETRAS. —

F
H A
A N A
A M O R
A C I A L
A N I M A L
Z O R R A
S A L A
S O R
E H
N

CUADRADO NUMÉRICO. —

7	6	4	3
6	8	1	5
2	4	9	5
5	2	6	7

= 20

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Sobremesa.

Correspondencia

R. L. E. — Diré á usted: son muchos los que como usted piden contestación *súbita, pronta* usted y comprenderá que no se puede complacer á todo el mundo, pues hay semanas en que necesitaría doble espacio del que dispongo para despachar la correspondencia. Además, el exámen de las peticiones y de los originales es algo laborioso, con tanto más motivo, cuanto que no me gusta pecar de ligero y siempre busco atenuantes para los que delinquen: pocas veces doy con ellas, si vale decir verdad, porque me salen ustedes con versos del tenor siguiente:

Vaya un hueso que roer
me has dado con tu cariño,
principio al amanecer
y á la noche lo termino.

¿Y para saber si *sirbe* ó no sirve eso tiene usted tanta prisa? ¿No le dice á usted el sentido común que nó?

M. A. M.—Nada, absolutamente nada.

Chiquito.—¿Todavía no es hora de que dejen ustedes dormir en paz á Castelar,

«el que á las muchedumbres dominaba
con el globo de oro de su palabra hermosa,
el que al tirano dominaba,
y las huestes de la esclavitud vencía
con sonrisa candorosa...»

como dice usted en su Oda al *Tirbuno*? Mire usted que si la publico va usted á tener pesadillas todas las noches, y es seguro que viendo el espectro *irrito* de don Emilio, no le parecerá á usted tan candorosa su sonrisa.

A. A. M.—Alguna que otra cosa, irá.

J. Ll.—¿A cómo pago la línea? ¡Ay! amigo; no tenemos huerto en la redacción para sembrar patatas, única moneda que merece su poema en prosa; las líneas de usted no tienen precio.

R. D. A.—Sosiégate, amada mía
sobre el manto de escaarlata
sola la luna nos mira:
somos mortales...

¡Sól ¡Sól!

Linco.—Todo, menos un comprimido.

A. P.—Los versos no van acentuados arbitrariamente, está usted en un error: el acento rítmico obedece á una ley de armonía que sólo quebrantan los malos poetas; ríase usted de los que le han dicho que Espronceda y Zorrilla se burlaban de las reglas. Esas son voces que hacen correr los... asnos.

J. H. de la R.—Utilizaré algo.

Equis.—Enmiende usted los tercetos y haré un esfuerzo de voluntad.

E. G. T.—Cantar... con chispas,

Quise besarte
¿qué quise yo?
y al ir á besarte
me diste un bofetón.

Le está bien empleado, por atrevido.

R. T. F.—«Dí un salto y me encontré de repente en Júpiter...» Gracias á eso, á que fué de repente, que si no, ¡un cuerno habría usted atravesado la atmósfera sin ahogarse! «Dí otro salto y me volví á encontrar en la Tierra...» Hombre es lástima, porque me habría gustado saber qué tormentos dan en Júpiter, á los que se meten, cuando escriben, el talento en el bolsillo.

E. R. T.—Empieza usted así: «*Boime* á pasear *ha* primera» y ¿espera usted verlo publicado?... A usted le falta el juicio, joven.

Veterinario.—¡Y cómo se conoce que está usted acostumbrado á tratar con mulos!

Casto.—R. A. Q.—D. Blas.—S. D.—L. M. L.—O. N.—Pepín.—D. V. S.—Y. A. — No pueden publicarse sus trabajos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

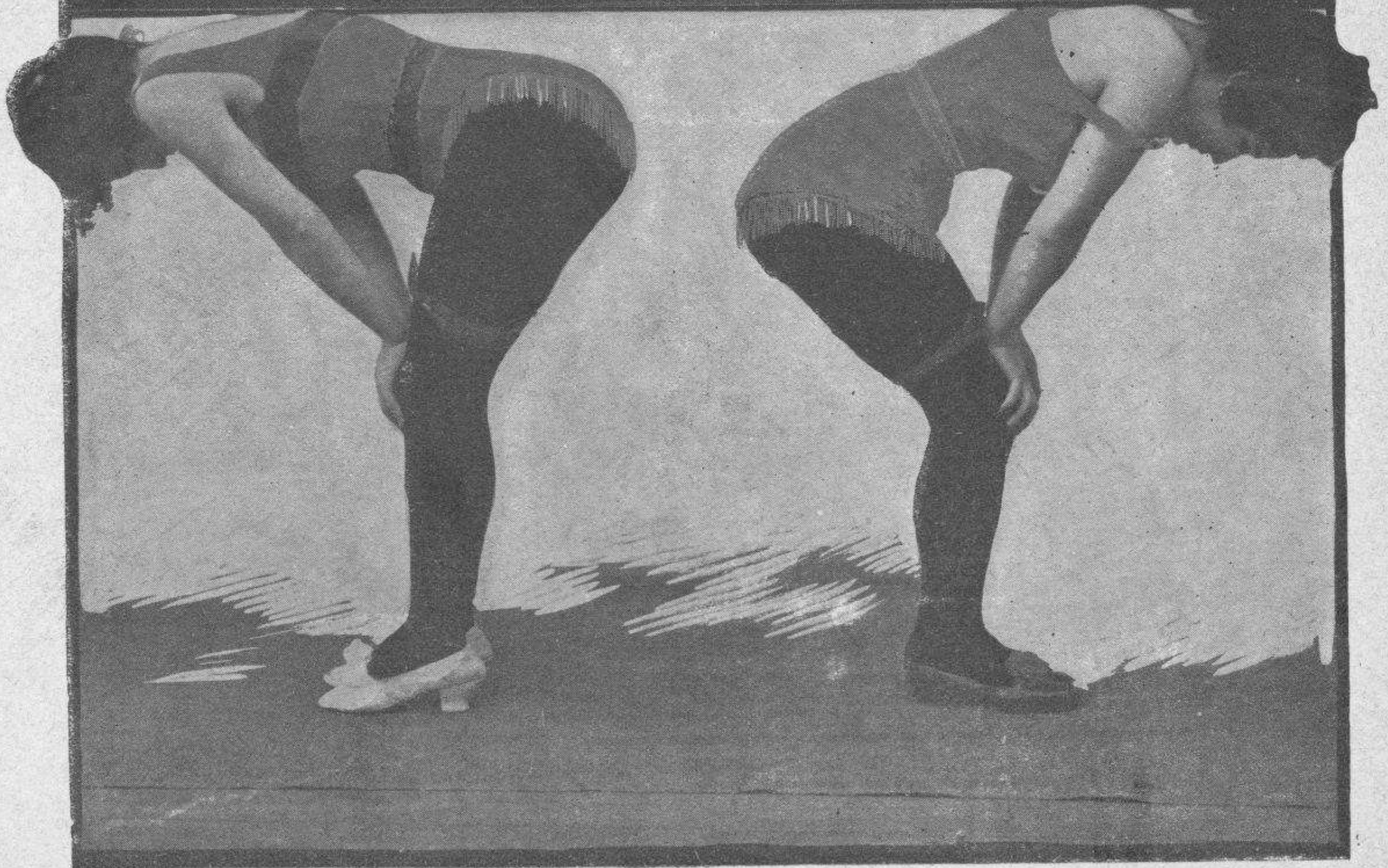
◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cents.

Núm. 455

